



CAPITULO VI

**Vuelta del joven Vianney al seno de su familia.
Continúa sus estudios con el señor cura de Ecully.**

LAS dulzuras y consuelos que la Divina Bondad se complacía en derramar sobre el destierro del joven Vianney no le hacían olvidar aquel porvenir, cuya revelación había tenido bien temprano en el fondo de su alma; ni aquella calma feliz de los primeros años, ni las puras alegrías de la aurora de la vida, que no pueden ser reemplazadas por ningún gozo, ni distraídas por ningún dolor. Suspiraba sin cesar por mejores días, que le permitiesen recrear su vista con el encanto de los lugares que fueron el teatro de los más venturosos momentos de su vida, y regocijar su alma volviendo á ver las heredades de la familia, la casa paterna, el campanario de Ecully y todos aquellos objetos que más amaba. Lo que más le preocupaba, sobre todo, era la idea de continuar los interrumpidos estudios al lado de sus respetables maestros.

En estos críticos momentos tuvo necesidad la viuda Fayot de ir á tomar las aguas de Charbonière (1).

(1) Charbonière es una aldea del Lyonnés, á pocos kilómetros de Ecully, en la que hay un establecimiento de aguas minerales.

«Voy á ir á vuestro país—dijo á su huésped;—veré á vuestros padres y les diré que estáis en mi casa, sin manifestarles de dónde soy.» Salió, en efecto, llegó á Dardilly y se presentó en casa de los Vianney, á quienes dió buenas noticias de su hijo. Excusamos decir nada sobre los transportes de alegría que tan grata nueva causó á toda la familia. Juan María vivía, estaba en punto seguro, y nada le faltaba. En el lugar de su retiro, todo el mundo—lo mismo que en Dardilly—le amaba, le apreciaba y bendecía. Todos estaban dispuestos á socorrerle, protegerle y defenderle hasta con peligro de su libertad y de su vida.

Durante la narración de la viuda Fayot, la madre de Juan María parecía recobrar la salud perdida por la falta de su hijo, á quien había creído muerto: su corazón se deshacía en amor y reconocimiento para con Dios y para con la buena viuda, que había hecho el oficio de verdadera madre de su hijo. No estaba en la naturaleza de Mateo Vianney enter necerse; pero no amaba menos á su hijo que la mujer, aunque no lo demostraba. «Ya que Juan María está bueno ahora—dijo el padre,—debe agregarse á su cuerpo. Todos los días estoy amenazado con la pérdida de mis bienes, si no indico el lugar de su retiro, que me es desconocido. Basta, pues; no quiero ser víctima de una resistencia que nos hace pasar horribles angustias, y que nos ocasiona grandes perjuicios.—Vuestro hijo—replicó la viuda—no irá jamás al servicio, yo os lo aseguro. Vale más que todo cuanto poseéis; y, en el caso de que revelaseis el sitio de su retiro, yo le buscaría otro abrigo, y cada habitante del pueblo haría lo mismo que yo.»

Aunque Claudina Fayot creyó deber usar de cier-

ta reserva respecto al padre de Juan María, no lo hizo con su madre, á quien puso al corriente de todo, y hasta la facilitó el medio de comunicarse en adelante con su hijo. La mensajera clandestina de quien se sirvió al efecto fué la viuda Bibot, de Ecully, mujer muy buena, segura é íntima amiga de la familia.

Algunos meses después se publicó la quinta de 1810. Francisco Vianney, llamado «el segundo» para distinguirle del primogénito de la familia, que llevaba el mismo nombre, sufrió la suerte y le tocó un número alto; pero en aquel tiempo casi todos eran soldados. Aconsejaronle que se adelantase al llamamiento de la reserva, á fin de librar á la casa paterna, con esa presentación voluntaria, de la plaga de alojamientos, guardias y rigores de la policía. Consintió en seguir el consejo, á condición de que se le había de dar la suma de 3.000 francos de los bienes patrimoniales correspondientes á Juan María. Agregado al sexto regimiento de infantería ligera, fué destinado de guarnición á Falsbourg y Francfort sobre el Mein, y desde entonces no se ha recibido ninguna noticia de él. Créese que murió en uno de los primeros combates que abrieron la campaña de 1813.

Es una cosa bien extraña por cierto que el mismo capitán Blanchard, que hasta entonces había sido tan terrible, trabajase con el mayor interés para que se admitiese ese modo de reemplazo y para conseguir la cancelación del nombre de Juan María Vianney, haciéndole desaparecer de los cuadros del ejército; cuya disposición se publicó por medio de un edicto, y causó no poca admiración al futuro Párroco de Ars.

Cuando llegó á las Noës la noticia del cambio de posición favorable á Juan María, hubo una emoción

general, con mezcla de alegría y de tristeza. Todos querían contribuir á los gastos para su regreso al hogar doméstico: unos le ofrecían dinero, otros lienzo y vestidos; de modo que se vió bien pronto provisto de todo. Se mandó un sastre de Roanne para hacerle una sotana, y se empeñaron en que la vistiese antes de su partida. Su bienhechora le dió sus servilletas de novia, que aún conservaba sin estrenar, y otra mujer caritativa le obligó á aceptar todo el dinero que tenía; y como él se resistiese con empeño, le contestó: «Estad tranquilo, yo soy aún rica: tengo mi fortuna en mi establo.» La pobre mujer tenía un cerdo que vender: ¡y eso era lo que llamaba su fortuna!

La partida del señor *Jerónimo* fué generalmente sentida; pero todos tomaron parte en el placer que debía sentir el fugitivo con el pensamiento de ir á su familia, de seguir su vocación, y sobre todo por la esperanza de volverle á ver un día en las Noës como Cura, lo que se le hizo prometer muy formalmente.

Así es como Juan María fué restituído al seno de su familia, después de catorce meses de ausencia. Exento ya del servicio por la ley, y libre de toda inquietud, volvió al lado de su antiguo y cariñoso maestro, en quien halló aquella dirección fuerte y dulce á la vez, efecto de la cual todas sus disposiciones para el bien se acrecentaron y desenvolvieron. Durante este período, tuvo la desgracia de perder á su santa madre, cuya muerte le abrió una profunda llaga en el corazón; pero la resignación cristiana y el amor á la divina voluntad fueron su soberano consuelo.



CAPÍTULO VII

Entrada del joven Vianney en el Seminario menor de Verrières.—Su curso de Filosofía.

TOCABAN ya á su término los estudios clásicos del joven Vianney; y si algo le faltaba de la cultura intelectual, estaba superabundantemente recompensado por sus excelentes prendas morales, y por las eminentes cualidades de su gran corazón y de su bellísima alma: era, pues, llegado el tiempo de abrirle las puertas del Santuario, á fin de que se cumpliesen los designios de Dios sobre él. Bien hubiera podido el presbítero Balley conducir á su discípulo grado por grado hasta el sacerdocio; mas juzgó, con razón, que en el trato de la vida común había para él verdaderas ventajas, y que, colocándole en el Seminario diocesano, sus Superiores eclesiásticos estarían en posición de juzgar mejor de su capacidad. Juan María Vianney fué, pues, enviado al pequeño Seminario de Verrières para continuar allí el curso de Filosofía. En aquel tiempo, lo mismo que hoy, Verrières era un establecimiento donde se atendía la piedad; mas, por la emulación literaria que en él reinaba, como acontece en todas las casas de educación pública, cada nuevo alumno era clasificado desde luego en el aprecio y consideración de sus con-

discípulos, según la extensión de los conocimientos y el mayor ó menor resultado alcanzado en los estudios anteriores. La virtud no se ve á primera vista, y tanto menos cuanto es más pura: ésta por inclinación se oculta. La ciencia tiene otros instintos: gusta de la ostentación, se muestra á la luz del día; por eso se la ve mejor y deslumbra con más facilidad.

Son, pues, excusables los contemporáneos del joven Vianney de no haber conocido al principio la perla que poseían: lo único que veían claro era que el recién venido—según su propia expresión—*no era fuerte*. He ahí todo lo que se veía en el nuevo seminarista: se desconoció la superioridad moral, que recompensaba superabundantemente la insuficiencia de sus primeros estudios.

Sin embargo, mejor ilustrada la opinión, no tardó en declararse en su favor; y las prevenciones fueron cediendo el puesto á una respetuosa simpatía, cuando se observó más de cerca la alta sabiduría de aquel ignorante. La reacción comenzó por sus maestros, jueces competentes en esa materia. Los ilustrados y distinguidos Sacerdotes que dirigían entonces el pequeño Seminario de Verrières no se cansaban de admirar tanta compostura y modestia, tanta regularidad, tan pronta y ciega obediencia, tan sólida piedad, y virtud tan perfecta. Era el nuevo alumno objeto de sus conversaciones, de sus observaciones diarias, y le designaban á sus discípulos como el modelo perfecto del buen seminarista. De los maestros pasó la admiración á los discípulos, y aumentaba de día en día á medida que una nueva circunstancia revelaba los tesoros de bondad, de caridad, de dulzura, de paciencia y de humildad, que eran en aque-

lla alma los bellos y tempranos frutos del amor de Dios y de los hombres.

Tenia su encantadora piedad el raro privilegio de hacerse aceptar por todos, sin perjuicio alguno de la libre y natural expansión: imponía irresistiblemente el aprecio y el respeto, y esto no era un sentimiento aislado, sin relación con el conjunto de su conducta, sino el alma de todas sus cualidades y la raíz sagrada de donde recibían su savia aquellas disposiciones generosas que dan á la juventud su principal encanto. Y era tal el que la gracia derramaba sobre su persona, que todos sus condiscípulos se disputaban la dulzura de su conversación y de su angelical presencia.

Mas de las simpatías y general aprecio que, sin él conocerlo, le proporcionaba su virtud, y de la admiración extraordinaria que en todos causaba, debía nacer para Juan María una prueba de nuevo género.

Había entre sus condiscípulos uno que no podía llevar en paciencia los elogios de que era objeto Juan María por su ejemplar conducta, pues le parecía ver en ella la más expresa condenación de la suya. Si es cierto que la piedad tiene el privilegio de atraer á sí, por una misteriosa y dulce simpatía, á los corazones buenos y rectos, también lo es, por desgracia, que subleva á los caracteres malos que rehusan someterse á su suave yugo. Á los ultrajes y malos tratamientos de que muchas veces era objeto por parte de ese mal compañero, el angélico joven no oponía más que la calma, la tranquilidad y la paciencia de que está lleno el corazón de los Santos.

Un día en que las amenazas habían seguido á las injurias, y á las amenazas los golpes violentos, dícese que el ofendido se puso de rodillas á los pies de su

injusto agresor, y le pidió perdón. En estos movimientos sublimes y espontáneos se manifiestan las grandes almas: siendo Francisco de Jerónimo Prefecto en el Colegio de Nobles de la Compañía de Jesús, recibió cierto día un bofetón de un alumno, arrebatado por la cólera; y en lugar de castigar al insolente y atrevido joven, se arrodilló á sus pies y le presentó la otra mejilla, siguiendo el consejo del Evangelio. Para Jerónimo, igualmente que para Vianney, ese bello y heroico proceder tuvo el mismo resultado. Confundido y avergonzado al ver un espectáculo tan inesperado, arrepentido de su cobarde conducta, el ofensor se arrodilló á su vez á los pies de su víctima, y le suplicó le perdonase su mala acción. El hombre que ha resistido á todo, cede al bien: ábrese sus ojos, se enternece su corazón, y desaparece su cólera. En vano tratará de rebelarse; es necesario ceder y someterse: ese es el decreto de Dios. «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.» (S. Matth., V, 4.) Cuando en los primeros años de un joven se ven rasgos tan sublimes, no es raro hallar en él más tarde el heroísmo de la santidad. Fácil es prever los abundantes frutos que debía producir la madurez de una vida cuyos principios producían ya tan bellas flores.

Así es como Juan María Vianney iba progresando en la oración, en el estudio, en el ejercicio de todas las virtudes, en la cultura de los nobles sentimientos, y en la práctica de todos los deberes, para cumplir la misión, todavía oculta en las sombras del porvenir, á que Dios, en cuyos ojos los tiempos futuros no tienen más misterios que las pasadas edades, le preparaba en secreto.



CAPÍTULO VIII

El joven Vianney comienza su curso de Teología. — Nuevas pruebas. — Su entrada en el gran Seminario. — Su promoción á las sagradas órdenes.

EN el mes de Julio del mismo año de 1813 volvió á Ecully Juan María para comenzar, bajo la dirección del presbítero Balley, su curso de Teología.

Desde los primeros pasos que dió en esa gran ciencia, halló ya mucha más facilidad; reconoció que el horizonte cambiaba, y que el terreno se afirmaba bajo sus pies. La nueva enseñanza no afectaba ya solamente su espíritu y memoria, sino también su corazón y su afecto. No halló en ese estudio las dificultades y disgustos que había tenido más de una vez, y le desalentaban en la carrera de las letras. Verdad es que su profesor creyó debía simplificar los procedimientos: renunció al método escolástico, y reemplazó con una enseñanza más sencilla el libro de texto que generalmente se estudiaba en aquella época, y que había llegado á ser clásico. Un secreto presentimiento le advertía que el Espíritu Santo había de dar

la última mano al edificio cuyos fundamentos preparaba.

Después de uno ó dos años de cuidados incesantes de parte del maestro, y de esfuerzos perseverantes por parte del discípulo, juzgándole ya suficientemente preparado, creyó el cura de Ecully que podía dar á conocer en público á su teólogo, y presentarle á los exámenes del gran Seminario de Lyon. Mas preciso es reconocer que los designios de Dios desconciertan los cálculos humanos. Precisamente este paso debía dar ocasión á la prueba suprema, por medio de la cual plugo al Señor crear en el alma de ese joven una verdadera y perfecta abnegación, que debía convertirle más tarde en instrumento dócil á sus designios de misericordia. Cuando Dios ha hecho la elección de un alma y la predestina á alguna cosa grande, la marca siempre con su sello, y el sello de Dios es la *Cruz*.

Ante la fría é imponente actitud de los examinadores turbóse el tímido teólogo, perdió la serenidad, y no supo contestar más que algunas palabras incoherentes, ruborizándose él mismo de sus respuestas. Fué preciso despedirle con palabras poco tranquilizadoras. El Sr. Balley, su maestro, sobre quien recaía la mayor responsabilidad de este resultado, se presentó sin dilación al Superior del gran Seminario, y pudo conseguir de él que fuese al día siguiente á su casa de Ecully, acompañado de uno de los Vicarios generales, Sr. Bochart. Con este paso se había propuesto dar á su amado discípulo ocasión para probar la suficiencia en un nuevo examen, y lo consiguió de una manera satisfactoria para todos. Tanto el Superior como el Vicario general quedaron contentos del joven Vianney,

y prometieron recomendarle al señor Arzobispo, y darle cuenta del satisfactorio resultado del segundo examen. El presbítero Balley triunfó, en fin, de la gran contradicción providencial, y su querido discípulo Juan Maria fué admitido en el gran Seminario de San Ireneo, para prepararse á recibir las sagradas órdenes.

Si ha de escribirse la historia del joven Vianney durante el tiempo que pasó en el Seminario, será preciso recorrer una por una todas las virtudes que allí se proponen á los educandos para el Santuario. Lo cierto es que, si en el mundo había vivido como seminarista, en el Seminario vivió como un ángel del Cielo. Con aquel vigor y elasticidad moral que muchos pierden antes de conocerla bien, Juan María remontaba su vuelo hacia las regiones superiores donde halla el alma su verdadera é inmortal grandeza. Trabajaba sin cesar día y noche para conformar su vida con su vocación; y por medio de los nobles esfuerzos de su libre voluntad, consagraba al amor de Dios y á los únicos verdaderos bienes del alma una energía virginal, cuya pureza nada había empañado, ni cuyo temple nadie había ablandado. Viósele crecer en humildad, en dulzura y piedad, cuyas virtudes no podían ocultarse á la vista de sus condiscípulos; pero los actos de abnegación y penitencia por los que se forma el hombre interior sobre las ruinas del hombre viejo, sólo fueron conocidos de Dios. Ya había adquirido entonces tan grande imperio sobre sí mismo, que pudo aplicarse únicamente á practicar lo más perfecto. Jamás faltó á las prescripciones del reglamento, ni aun en las cosas más pequeñas; jamás se le oyó hablar en las horas consagradas al silencio, ni hacer-

se singular ni descortés con ninguno de sus compañeros en los momentos de recreación. Se reunía con los primeros que hallaba, sin elección ni preferencia; se hacía todo de todos, á fin de ganar á todos para Jesucristo.

Aunque sus disposiciones y tendencias le inclinaban más particularmente á lo que tenía sabor de piedad, procuraba no dirigir la conversación sobre puntos que fuesen de su especial gusto ó que hiciesen resaltar y brillar su virtud de cualquier modo. Se prestaba á toda clase de entretenimientos; se acomodaba á todos los genios y caracteres sin violencia, sin ostentación, y se humillaba y rebajaba cuanto podía. Tal es el recuerdo que de él conservan todos los que allí le trataron, y de que dan testimonio sus condiscípulos y contemporáneos.

Tal vez se ha exagerado demasiado la cortedad de talento del venerable Vianney. Verdad es que la naturaleza le había favorecido poco; pero no es menos cierto que la gracia había rehecho la obra de la naturaleza, dándole aquellas virtudes intelectuales y aquellas cualidades infusas que han sido reconocidas por todos cuantos le vimos brillar como un astro de gran magnitud en medio de los milagrosos trabajos de su apostolado. Por esto nos parece que se ha repetido demasiado, y con notable exageración, *que el Párroco de Ars era ignorante é incapaz*. Lo que sobre todo ha dado lugar á esa preocupación es la extraordinaria humildad y el desprecio con que siempre y en todas ocasiones hablaba de su persona. Un día que queríamos saber los años que había estado en Ecully bajo el magisterio del presbítero Balley, protestó contra la palabra «estudios» de que nos servimos para

preguntarle, diciendo: «Yo no he hecho verdadero estudio: cierto es que el Sr. Balley ha trabajado bien por espacio de cinco ó seis años para hacerme aprender alguna cosa; pero ha perdido el tiempo, porque nunca consiguió meter nada en mi mala cabeza.»

Se aproximaba ya la época de la ordenación, y, antes de hacer el correspondiente llamamiento, se recogían en la presencia de Dios los directores del gran Seminario de San Ireneo para examinar con la atención más escrupulosa y pesar en la balanza del Santuario el mérito y aptitud de los que debían ser elegidos y promovidos á las sagradas órdenes. Cuando llegó el turno al joven Vianney, la indecisión se apoderó de todos. Su tierna piedad, su ejemplar conducta, su regularidad esmerada y la pureza de sus costumbres, eran títulos muy respetables; pero su instrucción era muy poca. ¿Qué hacer, pues? ¿Debían prescindir del testimonio desconsolador de los exámenes, pasar sobre él y llamarle á las sagradas órdenes? ¿Convenía detenerle el tiempo preciso para que se instruyese algo más? ¿O era más prudente, como algunos creían, que se le mandase al seno de su familia para que le dedicasen á los trabajos del campo? Triste era, en verdad, la alternativa; pero Dios permitió que, antes de resolver en este sentido, se acordase pedir consejo á los representantes de la Autoridad diocesana.

En ausencia del Cardenal Arzobispo, á quien las exigencias de la política habían alejado de su rebaño, se hallaba entonces al frente de la metrópoli un hombre distinguido, tipo de penetración y buen sentido, en concepto de cuantos le conocieron y trataron de cerca. El abate Courbon poseía en grado eminente el

arte de conocer y discernir á los hombres, y por eso se recurrió á él. El gran Vicario reflexionó un poco, y luego, antes de decidir nada, hizo á los que se presentaron á consultarle, las preguntas siguientes: «¿Es piadoso el joven Vianney? ¿Sabe rezar bien su rosario? ¿Tiene devoción á la Santísima Virgen?—Es un modelo de piedad, respondieron unánimemente los directores.—Pues bien, replicó el gran Vicario, le recibo: la divina gracia hará lo demás.»

Preciso es confesar que el abate Courbon, á quien difícilmente se le hallaba desprevenido, había sido informado antes sobre el mérito del candidato cuyos títulos se discutían en su presencia. Tan pronto como conoció el cura de Ecully las nuevas dificultades que habían surgido para su amado discípulo y la incertidumbre de su porvenir, recurrió al Arzobispo; defendió la causa de su amado Juan Maria, y, movido el Prelado por la autoridad, la experiencia y las virtudes del cura de Ecully, resolvió la cuestión á favor de su protegido. El Párroco de Ars ha dicho muchas veces sobre este particular: «Hay una cosa de la que difícilmente se justificará delante de Dios el señor Balley: es el haber sido mi fiador, y haber tomado á su cargo á un pobre ignorante como yo.» Esta es la única queja que el discípulo ha tenido de su venerado maestro. Seguros estamos de que éste no habrá salido mal librado con semejante cargo.

La residencia continua del Cardenal Fesch en París al fin del Imperio, había impuesto á los Vicarios generales de Lyon la necesidad de recurrir á los Obispos vecinos para la ordenación de sus diocesanos. Cuando se celebraban órdenes en las tómporas de Navidad ó de Pascua, los ordenandos tenían cos-

tumbre de presentarse en Grenoble, pues al fin del curso académico se celebraba la imponente ceremonia en la iglesia primacial, á la que se trasladaba el Prelado invitado. Así aconteció en la ordenación del joven Vianney: fué hecho subdiácono el 2 de Julio de 1814; al diaconado fué promovido en el año siguiente, y seis meses después ya le juzgaron sus superiores dispuesto para el sacerdocio. La ceremonia se celebró para él solo en la iglesia catedral de Grenoble.

Lo que pasó en el alma del joven levita en ese solemne momento, Dios lo sabe. La modestia del Párroco de Ars no le permitió jamás confiar á nadie tal secreto: nosotros lo sentimos, porque fué un espectáculo admirable á los ángeles ver al joven presbítero postrado sobre el mármol del Santuario, y haciendo á Dios la entrega absoluta de sí mismo, que había de renovar todos los días de su larga vida sacerdotal, hasta la llegada de aquel en que dormiría para no despertar ya entre nosotros. Mas si nada hemos podido saber de los sentimientos que agitaron su corazón en aquella hora de eterno recuerdo, á juzgar por las palabras de fuego que, cual dardos de abrasado amor, salían de su boca cuantas veces hablaba de la dignidad del sacerdote y de la sublimidad de sus funciones, es fácil conjeturarlo. ¡Oh santas paredes, que fuisteis testigos de esa consagración! ¡Oh bóvedas benditas, que repetisteis el eco de las palabras que le hicieron sacerdote para siempre! ¡Oh afortunado pavimento, sobre el cual se apoyaron los pies del nuevo apóstol, y que recogisteis sus preciosas lágrimas! ¡Oh altar sagrado, ante el cual se postró para ofrecer á Dios, por las manos del Pontífice, su primer

sacrificio!... Día llegará en que nos revelaréis esos misteriosos secretos (1).

(1) Mr. Vianney recibió las cuatro órdenes menores y el subdiaconado, de mano del Ilmo. Sr. Obispo de Grenoble, el día 2 de Julio de 1814; el diaconado, el 23 de Junio de 1815, y el presbiterado, el 9 de Diciembre del mismo año. Tenía treinta años cuando se ordenó de presbítero, y, á semejanza de su Divino Maestro, no comenzó su vida apostólica hasta esa edad.

